

Cuento

Asunto: queja vial y solución

Silvia Molina

La Ciudad de México es una pesadilla: el mal sueño de un arquitecto alucinado. En esta pequeña ironía de ficción, plena de sabiduría narrativa, Silvia Molina nos confronta con el caos de una ciudad al mismo tiempo entrañable e inabarcable.

A Jaime Vázquez

Lic. Librado del Barrio Sánchez
Oficina de Atención Ciudadana
Presente

Muy estimado señor:

Hace tiempo que deseo expresarle mi disgusto por la circulación en la ciudad de microbuses y peseros con los faros apagados durante la noche, pero mi esposa me aseguraba que mi escrito nunca iba a llegar a sus manos, que se quedaría en la charola de trámites y no avanzaría en ninguna dirección dada su incomodidad y mi libertad de expresión, cosa que siempre he defendido. Como ve, señor, mi esposa es lo que se dice una “escéptica” (como dice mi jefe cuando le digo que he terminado mi trabajo: “Salas Salas, yo soy un escéptico; hasta no ver, no creer, como santo Tomás”) con las cosas del buen gobierno, sea éste personal, privado o público.

Ahora, señor, me he animado a formalizar la queja, porque vinieron a visitarme dos amigos holandeses que me han hecho una sugerencia para acabar con el problema del cual me quejo desde hace ya tanto...

Verá usted y perdone el rodeo para “llegar al meollo del asunto”, a donde me exige mi jefe que llegue cuando me pide alguna explicación o como me reclama mi mujer, exigiéndome ir al grano, cada vez que intento explicarle mis llegadas tarde a casa; sin

embargo, como ve, soy un convencido de que exhibiéndose se entienden mejor las cosas.

Todo empezó, como le manifiesto, con la visita de mis amigos holandeses a la ciudad. Los conocí en un corto viaje que hice a Cancún hace una semana, y no de trabajo como le dije a mi mujer. Los encontré en la playa echándose sus chelas tumbados al sol y los convencí de venir a nuestra ciudad donde hay unos antros mejores, incluso, que los de allá, como El globo morado, en la Guerrero, que está lleno de globitos en el baño y tiene una música de poca... Ya ve usted que uno debe ser atento con los extranjeros para que borren esa pésima imagen que tienen de nuestra capital, la cual, por lo mismo, no estaba en sus planes; y por eso también formalizo mi queja, ya que me lo pidieron y tengo que cumplirlos.

Los recogí el lunes, amaneciendo, en el aeropuerto capitalino y los deposité en un hotel baratón del centro histórico para que les rindieran más sus ahorros, no sin antes advertirles que no tomaran un taxi de la calle, no fuera a ser que me dejara mal el taxista y les bajara su lana y su pasaporte.

Les expliqué que como mi nuevo jefe me hace firmar la entrada a las nueve y la salida a las seis de la tarde, con una hora para comer, estaría a sus órdenes sólo a partir de esa hora. Por fortuna no los conocí cuando estaba

mi jefe anterior que era de los que pedía resultados y, por lo mismo, no tenía yo hora de salida y no los habría podido atender.

Pues, señor, a las seis en punto de la tarde le hablé a mi mujer y le dije que tenía que llevar a un compañero del trabajo al hospital a ver a su papá que estaba grave (no mentí en esto, sólo en que lo tenía que acompañar dado su desconsuelo), apagué mi celular (no fuera a dar lata... ¿Quién cree usted? Exacto), tomé mi Chevy que aunque no es nuevo jala bien y tiene en regla la verificación, y me dirigí al hotel para llevarlos como les había prometido a hacer un recorrido nocturno por la ciudad.

Recorrido, pensé equivocadamente, que sería memorable porque la ciudad fulguraba por las luces de cembrinas —sobre todo en el Zócalo por eso de la pista de patinar que, por cierto, asombró tanto a mis amigos que van a proponer al Jefe de Gobierno de su ciudad de Rotterdam, como la llaman, que en lugar de poner una pista de hielo en las fechas navideñas monten un palenque como el que gozaron en Cancún para que la

gente vaya allí a divertirse con lo que no tiene en su cultura ni en sus raíces. Les pareció muy buena la idea. Memorable también, creí, por las morenas que iban a c o n o c e r y de hecho conocieron, pero que quedaron opacadas por las circunstancias, no por su fealdad. ¡Qué equivocado estaba yo, señor! La velada fue memorable por lo que nos habría de pasar en el trayecto por la ciudad, y eso es justo lo que quiero exponerle.

Resulta que no habíamos recorrido ni diez cuadras en el coche cuando uno de mis amigos, el de nombre Robert, me hizo notar, nervioso, que venía detrás de nosotros un microbús sin luces, escribió en su libreta de viaje el número de la placa que había descifrado con bastante trabajo, arrancó la hoja y me la guardó para que diera yo el reporte a las autoridades. Entonces le dije una mentirilla piadosa: “Tal vez se le acaban de fundir los faros”. Le di las gracias por su detalle de anotar la placa y me comprometí a r e p o r t a r l o apenas los dejara de regreso en el hotel, pero no había acabado de decir esto cuando el Robert vio otro micro con la misma problemática; es decir, sin luces.

Le ahorro a usted la descripción detallada de cómo nos fuimos encontrando a lo largo de la noche la cantidad de cincuenta y cuatro autobuses todos con los faros apagados o fundidos, cuyas placas le anexo, gracias a que el Robert se toma las cosas en serio e hizo un esfuerzo batallando con las letras y los números que se confunden en la oscuridad.

Le comento a usted que no pude seguir mintiéndole al Robert ni mucho menos al Stefaan (perdone usted pero nunca anoté los apellidos) que se ve más desconfiado, al grado de asegurarles que había venido un mago a la Ciudad de México y se había robado las luces de todos los micros. Ya de por sí tomaban la cuenta de los camiones de chungu, entre burla y broma: “¡Otro más!”. “¡Anota las placas, Robert, para el Guinness!”.

Y yo, señor, pasando vergüenza por mí y por usted. Sí, señor, por usted también, aunque no me conozca ni yo tenga el gusto de conocerlo porque finalmente usted es, ni más ni menos, el responsable de lo que hace su gente, como dice mi jefe cuando me regaña: “De todo lo que haces mal, Salas Salas, yo soy el responsable. ¿No entiendes?”. Y le juro que traté de disimular el inconveniente, pero no pude. Hablaban en su idioma sospechosamente y luego decían cosas como: “Vamos a hacer una estadística” o “Con los números de las placas jugaremos póquer esta noche”. Le digo, señor, ya mejor lo tomaron a guasa.

Mire usted, hay mentiras que no se pueden echar, porque si usted ha estado en el extranjero o, en todo caso, en Holanda que es el lugar de origen de estos amigos que hice en Cancún cuando fui de escapada, sabe, le



habrán contado como a mí o ha visto que los autobuses circulan con luces; y, usted que es la autoridad no me dejará mentir: allá las leyes son implacables y se aplican “al pie de la letra” como dice mi jefe cuando me da instrucciones: “Las cumple al pie de la letra, Salas Salas, no se vaya a poner lírico como acostumbra”. (Por cierto, no está usted para saberlo pero “Lírico” es mi apodo porque las compongo en el aire). En cualquier parte al autobús que no lleva los faros encendidos por la noche, lo multan con una multa alta por el peligro que representa y no lo dejan circular.

Sin mentir, como lo juzgué más conveniente dadas las circunstancias de desventaja que llevaba yo y para no arriesgarme demasiado ante el Stefaan, le dije a mis amigos que aquí la policía de tránsito padece de la vista (no dije “se hacen de la vista gorda” como hubiera sido lo correcto), porque de otra manera, le insisto, señor, ya los habrían infraccionado o, mínimo, no podrían circular; pero en ese momento, salidos del noveno antro, ya que habíamos recorrido El Tenampa, El diente de oro, La maraca y el contrabajo, El pichito amoroso, El vuelve siempre, El picosito, La Daniela, El wiken y La galería, al querer sacar el coche del estacionamiento, le di al faro delantero del lado izquierdo. Me lo eché con una pequeña barda que no vi y no porque se me hubieran pasado las copas porque el Stefaan no me dejó beber ni una gota de ron después del primero por aquello del programa Conductor responsable que hay en su país y que, se ufano, inauguró en éste antes que nadie. No había avanzado dos cuadras cuando me detuvo un agente en un retén, me pidió la licencia, me obligó a pasar con el médico para hacer la prueba del alcoholímetro que pasé gracias al Stefaan, y me infraccionó por manejar sin el faro del lado izquierdo.

Yo, señor, como comprenderá, estaba turbado y confuso frente a mis invitados que preguntaron al agente qué pasaba con los autobuses sin luces y le mostraron la lista de placas que con tanto trabajo descifraron. ¿Sabe cuál fue la respuesta de su agente de tránsito, señor? “¿Cuáles autobuses sin luces, no veo ninguno?”, y es que de verdad no se ven hasta que los tiene uno encima como nos sucedió en plena discusión ya que pasó un microbús que sólo se delató por el ruido del motor, y eso que casi y nos lleva de encargo.

¿Usted qué hubiera hecho en mi lugar? Yo mejor cerré el pico, y me hice de la vista gorda como el agente, y juré no decir una mentira más. Hay veces que de plano no se puede.

Mis amigos en cambio, señor, pagaron la multa, no crea que ofrecieron una mordida, y me propusieron una buena solución: entregar a los extranjeros al llegar a la ciudad una advertencia del problema para que se fijen en la noche al cruzar las calles, y un detector de



autobuses y de agujeros porque juzgan que la capital también tiene demasiados que no se ven hasta que llega el golpe, para los que piensan alquilar un coche.

Yo considero, señor, con todo respeto, que los detectores de autobuses o “radares” como los llamaron mis amigos, podrían ser de tecnología china, ya ve que todo lo reproducen los chinos a muy bajo costo, y que podrían ponerse en los coches desde la fábrica aunque pienso, con toda honestidad, que los capitalinos no necesitamos el radar porque aunque no me lo creen mis amigos holandeses, hemos desarrollado, además de las alteraciones que nos ha provocado la contaminación, una transformación en nuestro organismo que los detecta; o sea que ya llevamos la alerta puesta. Nos las ingeniamos para escapar del impacto económico del transporte público en nuestro gasto corriente (como diría mi jefe después de pagar la reparación). Podemos esperar a que se desarrolle la tecnología, como siempre, por eso no se preocupe usted.

Señor, es por lo antes expuesto que pongo esta queja de atención ciudadana; queja que, como ha visto, lleva implícita la posible solución.

Atentamente,

Manuel Salas Salas, eLírico